

nitudo de vigor de la cabeza del linaje humano, como puede ver quien quisiere en el P. Petavio ¹ y en el P. Peireira ², erudita y copiosamente.

Empero erraría quienquiera que pensase que por haber sido dotados de cultura los primeros padres, ya poseyeron sus hijos conocimiento perfecto de la industria y de las artes. El Génesis previene este error, avisando que Tubalcain fué el primero que forjó metales; como si nos quisiera significar que, sin ser hombres degradados, poco á poco fueron levantando el pensamiento á nuevas invenciones, hasta lograr un grado esplendoroso

¹ De opif. sex dier., l. ii.
² Comment. in Genes., l. iv.

de civilización, de donde más adelante el ardor de la concupiscencia á no pocos derribó, haciéndoles perder la belleza y frescor de la primera cultura.

Después de lo declarado en todo este capítulo, no podemos oír sin asombro de labios católicos estas formales palabras, tomadas de un libro de texto que anda en manos de la española juventud: «No se crea que el hombre apareció sobre la tierra con el desarrollo intelectual con que la historia nos le muestra desde el comienzo de los tiempos históricos. El hombre terciario, si existió, y el cuaternario antediluviano, ó el cuaternario propiamente dicho, habitaba en cavernas, era totalmente salvaje.»



CAPÍTULO XL.

EL EVOLUCIONISMO.

«Et ait: faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.... masculum et feminam creavit eos.»
(V 26, 27.)

ARTÍCULO I.

Intento de los evolucionistas.—Peligros de este sistema.—Ocurrirse á sus reparos.—El dictamen común de los Santos Padres pregona la formación inmediata de los cuerpos de Adán y Eva.—Se satisfacen algunos lugares dudosos.

Los transformistas, como arriba declaramos, se dividen en materialistas y espiritualistas. Los materialistas todo lo confían á la materia; la materia es la que se desenvuelve y muda; la materia con sus trueques y trastrueques lo fabrica todo, lo aseá todo, lo ordena todo; la materia de sus íntimos tuétanos hace brotar espontáneamente los reinos mineral, vegetal, animal y aun el reino humano. Los espiritualistas, ya que admitan la creación del espíritu y la creación de la materia, y diferencien de raíz estos dos principales elementos, haciendo de ellos autor al soberano Artífice del universo, pretenden que la materia fué dotada de tan prodigiosa virtud para transformarse, que, pasando por innumerables pruebas, produjo, subiendo de grado en grado, los reinos vegetal y animal, ó siquiera todo el animal, y aun en último resultado al mismo hombre en persona. El transformismo, quier materialista, quier espiritualista, ha sido

desportillado y entrado á saco por esclarecidos maestros, como muchas veces hemos visto, y á tal extremo ha quedado reducido, que difícil será que se rehaga y pueda sobrevivir. Pero en su lugar ha levantado la cabeza el evolucionismo, que en medio de desechar la transformación absoluta de una especie en otra sin términos ni condiciones, introduce la mudanza específica dentro de ciertos géneros y bajo tales auspicios, que hagan efectiva la descendencia de una especie derivando de otra muy ajena y distante de ella. En particular, hablando del hombre, no hallan ningún reparo en que pudiese originarse la especie humana del desenvolvimiento de un animal inferior, sin que sea de necesidad suponer que salió inmediatamente de las manos de Dios.

Esta sentencia, con ser especiosa, es grandemente perjudicial. El reconocer estos católicos la creación inmediata de las almas humanas, no es género de comedimiento que hagan á la causa de la verdad, antes parece cautela para excusar la nota de temerarios; porque ya que la Iglesia no haya definido este punto ni héchole dogma de fe, el consentimiento unánime de los Padres y Doctores no dá á estos escritores lugar á otra cosa sin culpa-

ble atrevimiento, por ser, dice santo Tomás, la creación *ex nihilo* de las almas, verdad aplaudida y aprobada por la voz de la Iglesia santa. Tienen, pues, que Dios es autor de las almas, pero en lo tocante al cuerpo del primer hombre, contentos con recibir la creación inmediata de la materia elemental, no juzgan por necesario poner en Dios la fábrica misma del cuerpo humano, que esa, dicen, es obra confiada á la facultad de las causas naturales. «Trátase de saber, exclama el aguerriero Agassiz en sus conferencias tenidas en Nueva York», si somos hijos del Espíritu Creador; si somos resultados de una evolución natural, ó términos de un acto de creación específico. Al anunciar esta diferencia, no es mi ánimo acusar á los evolucionistas ni baldonarlos porque nieguen la intervención de un poder creador en las cosas del mundo, ó el señorío de Dios en el orden de la naturaleza; pero los acuso y reconvegno porque niegan su intervención inmediata y directa en la producción de estas señaladas diferencias.»

No podrán replicar, para dar vado á su afán de novedad, que el Génesis sea libro poético, sembrado de imágenes y adornado de metáforas, siendo una de ellas la formación de Adán y Eva; llevamos anticipada la respuesta en el capítulo IV, donde hemos cerrado la puerta á estas evasivas y demostrado ser el Hexámero parte histórica, no mítica ni figurada. Tampoco aleguen que á los adelantamientos modernos cuadra mejor el sentido metafórico. Porque la ciencia ha caminado á largos pasos en el campo de la observación: el deseo de conocer el mundo ha puesto á los hombres alas en los pies, instrumentos en los ojos para escudriñar los menudísimos seres, los tejidos delicados, los zoófitos

¹ De potentia, q. III, a. 9.

² Revue scientifique, 1874, p. 817.

impercéptibles; de cuyas diligencias han surgido noticias generales de los reinos; y compulsados los procesos de tantas informaciones juntas, ha resultado una tal conformidad en la hechura de entrambos reinos, que muchos autores han caído en la red, atribuyendo la armonía de las partes á una sola y misma causa, en tanto que otros han buscado causas varias á quien dar los efectos producidos, asentando siempre á Dios en medio del concierto universal. Mas, ¿qué aconseja la prudencia al que filosofa y quiere indagar el por qué de la formación del hombre, sino proporcionar á la importancia de los efectos la condición de las causas, y allí donde ignora las causas, usar en el señalarlas con el dedo recato, recato y suma desconfianza?

¿Qué diremos, pues, de este linaje de evolución? ¿Es científica? ¿Procede filosóficamente? ¿Nivela sus asertos con ajustamiento cuando pretende que el hombre descienda, cuanto al cuerpo, por mil revueltas de generaciones, de un animal muy ajeno y distinto de él? Veamos primero qué interpretación consiente la Sagrada Escritura: y tratando con católicos, expongamos antes qué juicio hicieron los Padres y Doctores acerca de la formación de Adán y Eva; luego vendremos á razones sobre cuál de las sentencias merece ser preferida.

En los testimonios que dieron los Padres griegos y latinos de la formación del primer hombre, comúnmente declararon que, fuera de la creación precedente de la materia, ninguna otra acción concurrió que no fuese del todo divina, porque entendiendo á la letra la historia de entrambas formaciones, y singularmente parando en la verdadera edificación de Eva, distinguían cuidados tres acciones, á saber: la creación de la materia, la fábrica del cuerpo, la introducción del alma; y asombrados del divino poder, á él sólo

daban la gloria de estas tres obras, negando la intervención de otra causa cualquiera.

Peró mejor será en este asunto hablar con las mismas palabras de los santos. Empezando por los Padres griegos, san Ireneo dice: «Las manos de Dios le formaron juntando á la figura la aspiración vital.»—Clemente Alejandrino: «Cuando los filósofos paganos tratan de la fábrica del cuerpo del hombre, denominan tierra al cuerpo.» Y trae el testimonio de Homero, Calímaco, Hesíodo, que llaman barro al polvo.—Más claramente Filón: «Parece quiso Dios formar la estatua del cuerpo humano con suma diligencia, no de cualquier parte de la tierra, sino escogiendo de todas partes lo acendrado de una materia pura, sacando lo purísimo y que fuese más á propósito para aquella obra.»—San Basilio: «Si hubiera dicho simplemente que le hizo, pensáramos que le hizo como el resto de los animales y plantas; para preaver este yerro nos avisa la Escritura la manera especial de esta fábrica, diciendo: *Tomó Dios polvo de la tierra*. Antes había dicho que le hizo; aquí enseña el modo de hacerle, tomando polvo de la tierra y labrándole con sus propias manos.»—San Gregorio Niseno: «Todas las cosas con una palabra de Dios fueron producidas. Para la fábrica del hombre sólo llega el Criador del universo con cierta consideración, preparando primero la materia, determinando la forma, según un ejemplar de extremada hermosura, proponiendo también el fin para el cual se había de criar. Finalmente, formó una naturaleza semejante á sí, y en las acciones vecina, que fuera muy á propósito para lo que había predestinado.»

¹ Contra Hæres., l. v, cap. i.

² Stromat., l. v, cap. xiv.

³ De officio.

⁴ De hominis structura, or. II.

⁵ De officio hominis, cap. III.

San Cirilo, patriarca de Jerusalén: «Producirse cuerpos de otros cuerpos, maravilla es, pero posible. Mas el polvo de la tierra volverse hombre, muy más admirable cosa es: que el barro amasado tome la disposición de membranas, la firmeza de huesos, la blandura de pulmón y demás suertes de miembros, cosa es digna de grande admiración.»—San Gregorio Nazianceno: «Tomando parte de la tierra blanda con sus manos inmortales, hizo una figura y la infundió vida.»—San Filastrio: «El Señor tomó tierra de barro y labró sus cuerpos.»—San Teófilo Antioqueno: «Esta única obra creyóla Dios digna de sus manos.»—San Crisóstomo: «¿Qué dices? ¿Cogiendo de la tierra polvo formó al hombre? Sí; y no como quiera ni cualquiera tierra por ahí, sino polvo, es decir, de lo más vil y trillado de la tierra. Gran maravilla te parecerá; pero si piensas quién es el artífice, no rehusarás dar crédito; te espantarás y adorarás su poder. Que si atiendes á los pensamientos humanos, no se hacen cuerpos así de tierra, sino tejas y ladrillos; pero mirando al divino poder, entenderás la fuerza de esta palabra.» De Eva dice el mismo santo: «Porque fué hecho Adán del barro, por eso dice que Dios le formó y modeló: porque Eva fué hecha de una costilla, conviene á saber, de cosa ya formada, á quien faltaba perfección, por eso dice que la edificó.»

San Metodio: «Cuando Adán se iba formando, y estaba, como si dijéramos, tierno y húmedo, y no cocido aún, ni endurecido con la inmortalidad, según la costumbre de los alfareros, se disolvió por el agua del pecado.»

¹ Cateches., XII.

² Carn., l. I, sect. II.

³ Liber de Hæresibus, cxxv.

⁴ Ad Autolyicum, l. II.

⁵ In cap. II Genes., hom. XII.

⁶ Hom. xv.

⁷ Convivium dicom Virgin., cap. v.

—Procopio de Gaza: «Este modo es nuevo y muy diferente de la creación de los animales. Tomó, no lo más precioso y escogido de la tierra, sino lo superfluo é inútil, para demostrar que se valía de la tierra como de instrumento, y ponía de su parte lo más precioso. En la formación es buscado el polvo, en la resurrección el polvo se presentará; aquí es alterado por la virtud del Artífice, allí será convertido por la sapiencia del Hacedor.» De la mujer dice el mismo autor: «Á fin de ingerir en el varón afecto á la mujer, tomando una pequeña porción de él, y llenando la falta, la llevó á perfecto fin, y así hizo veces de parániffo.» Con esta misma claridad todos los Padres griegos que trataron la materia.

No otro es el sentir de los Padres latinos. Citemos solamente algunos. Tertuliano: «La fábrica del hombre hizose mediante el agua, concurriendo la materia de la tierra; y no fué hábil hasta que se humedeció, templada el agua con el polvo.» «Tantas veces fué honrado el barro, cuantas llegaron á él las manos de Dios, mientras le tocaban, mientras le amasaron, mientras le extendieron y mientras le figuraron. Considera á todo aquel Dios entendiendo en aquella obra y empleando manos: sentidos, operación, consejo, sabiduría y providencia; y mayormente aquel afecto con que sacaba las facciones y líneas: cualquiera parte que en el barro se figuraba, era teniendo presente á Cristo que hombre debía ser.»—Lactancio: «Dios hizo oficio de verdadero padre. Él modeló el cuerpo, Él infundió el alma; todo es suyo cuanto somos;» y así va pro-

¹ Comment in Genes., cap. II.

² THEODORE MORSIEST: In Genes.—S. DAMASCENO: De fide orthod., l. II, cap. XII.

³ De Baptismo, cap. II.

⁴ De Resurrectione carnis, cap. VI.—De Corona militis, cap. IV.

⁵ De origine erroris, l. II, cap. XIII.

bando que sólo Dios pudo formar al hombre, y se funda en Cicerón y en las Sibilas.—San Ambrosio: «Es tanta la dignidad de la condición humana, que no sólo fué criado el hombre, como las demás cosas de los seis días, por la palabra de quien manda, sino por el consejo de la Santísima Trinidad y por la obra de la majestad divina, para que entendiera en la honra que le hizo Dios en su primer formación cuánto debía á su Autor.»

San Hilario: «Tres operaciones entran en la formación del hombre: hácese á imagen Dios el alma, fórmanse el cuerpo de tierra, y con el soplo del espíritu se forma viviente; por eso dice el Profeta que fué formado no con la mano como los demás seres, sino con las manos, pues que en su constitución hubo estas tres operaciones, y no de un solo artífice.» Este santo Doctor, como aquí se insinúa y más claramente en el Salmo xxx, fué de los que pensaron que primero había sido criada el alma y después el cuerpo de Adán. «Cuando Dios hizo el hombre á su imagen, no hizo entonces el cuerpo (*non tunc et corpus effecti*). El Génesis enseña que mucho después de ser hecho el hombre á imagen de Dios, fué tomado el polvo y labrado el cuerpo (*postea quam ad imaginem Dei homo erat factus, pulverem sumptum formatumque corpus*).»—San Filastro¹ y algunos pocos escritores enseñaron lo mismo: hasta tal punto atribuyeron únicamente á Dios la total formación del hombre. Á los cuales san Agustín con una sola palabra respondía: «No advierten ellos que varón y hembra no pudieron ser hechos sino cuanto al cuerpo.»—San Zenón: «Acabado el mundo es hecho el postrero el hombre, con el dedo y

¹ De dignit. bum. condit., cap. I.

² Tractat. in Psalm. CXVIII.

³ Hæres., XI.

⁴ De Genes. ad litter., lib. III, cap. XXII.

mano de Dios, del limo de la tierra. Es construido un simulacro movable é insensible, y para que sea imagen de Dios le es inspirada por el Artífice alma viviente.»—San Jerónimo: «¿Cree alguno en Dios Criador? No es posible que eso crea, si primero no cree ser verdad lo que está escrito, á saber: que Adán fué formado por Dios, y Eva fabricada de una costilla y del costado del varón.»

San Gregorio Magno: «No se dijo de él, como de los demás seres, *fiat, et factum est*; ni como los animales fué hecho el hombre; sino que con consejo fué fabricado, como por estudio, de la tierra fué labrado y levantado á la vida por la inspiración del Hacedor.»—El bienaventurado san Anselmo pone tres maneras de efectos que pueden producirse en el mundo: los unos proceden de la voluntad de Dios, los otros de la naturaleza criada según las fuerzas recibidas del Criador, los otros de la voluntad humana ó angélica: y llama este triple efecto, prodigioso, natural y voluntario. Pues hablando de la formación del primer hombre enseña que no fué natural y voluntaria, sino obra del poder y voluntad de Dios. «Dios, dice, con su voluntad y poder compuso al primer hombre del barro de la tierra.» No podía el Santo señalar más claramente la acción inmediata de Dios en la creación del primer hombre.

Ilustre es y de gran ponderación el testimonio de san Agustín, respondiendo á los judíos, amigos de novedades, que querían hubiese Dios formado al hombre con sus dos sexos juntamente. «Para que ninguno pensase, dice, que en un hombre singular se presentaban los dos sexos, como á veces vemos que nacen hombres, y

los llamados andróginos, expresó la Santa Escritura en aquella palabra *ad imaginem Dei creavit illum*, que ponía el número singular á causa de la junta de los dos. Y porque la mujer fué hecha del varón, según luego declaramos, para mostrar que eran dos, añadió en seguida el número plural, diciendo: *fecit eos et benedixit eis*.» En el libro XIII de la *Ciudad de Dios* satisface á las dificultades de aquellos escritores poco considerados que, suponiendo al primer hombre formado ya con alma y cuerpo, hacían cuenta que aquel soplar de Dios en su cara fué sólo vivificar el alma con la virtud del Espíritu Santo. «Que eso no fué así, harto lo declaran las palabras *et formavit Deus hominem pulverem de terra*, y formó Dios al hombre de la tierra polvo. Lo cual queriendo algunos interpretar más lanamente, dijeron: *et finxit Deus hominem de limo terræ*; y modeló Dios al hombre del légamo de la tierra. Porque había dicho arriba: *fons autem ascendebat de terra, et irrigabat omnem faciem terræ*; y subía de la tierra una fuente y regaba toda la haz de la tierra. Como si por eso se debiera entender el *légamo* que se hace y cuaja de la humedad de la tierra. Porque en habiendo dicho esto, luego sigue: *et formavit Deus hominem pulverem de terra*: como lo tienen los códices griegos, de donde se tradujo en la lengua latina la divina Escritura. (Alude el santo al uso de las iglesias de su tiempo, que empleaban la versión latina tomada de los Setenta, hasta que san Jerónimo dió la suya del hebreo y completó la Vulgata.) Y cuando uno quiera decir: *formavit ó finxit*, lo que en griego dice: *eplasen* (ἐπλασεν), aquí no importa nada, aunque más propiamente se dice *finxit*. Pero los que dijeron *formavit*, quisieron huir de la

¹ Lib. II, tract. VI.

² In Ep. ad Philen.

³ Moral., l. IX, cap. XIII.

⁴ De Concept. Virgin. et peccat. origin.

¹ De Genes. ad litt., l. I, cap. XXII.

ambigüedad, porque en latín está más recibido que digan *ingere* los que componen algo fingida y disimuladamente. Á este hombre, pues, formado del polvo de la tierra ó del légamo (porque era el polvo húmedo), á éste, digo, por hablar más expresamente, según la Escritura, polvo y tierra, como dice el Apóstol, que le hizo Dios cuerpo-animal, cuando le infundió el alma ¹. Y así va satisfaciendo los reparos que á esta materia se podían objetar, siempre insistiendo en el fundamento de la inmediata acción de Dios.

Una dificultad podría sacarse tal vez de los libros de los Padres contra lo dicho. Porque algunos, entre ellos san Juan Crisóstomo ², dieron á entender que el cuerpo del hombre fué formado antes que el alma racional. Por el contrario, Orígenes pensó que las almas habían sido criadas antes que los cuerpos, en cuyo yerro le había precedido Platón, y de Aristóteles estamos en duda si le enseñó ó no, pues encontrados andan los peripatéticos, si ya no son contradictorios los dichos del mismo Estagirita. Sea de esto lo que fuere, si algún Padre ó Doctor siguió á Orígenes en este parecer, como san Hilario, san Filastrio, ó si algunos teólogos anduvieron perplejos en la solución de esta duda; la común sentencia abrazada por los Escolásticos con el Niseo ³, Damasceno ⁴, san Jerónimo ⁵, san León ⁶, san Agustín ⁷, es, que ni el cuerpo fué primero organizado que animado, ni el alma existió antes que el cuerpo; sino que á la vez, en un punto, sin diferencia de tiempo, el cuerpo fué organizado y el alma infundida, y así se quedó al hombre súbitamente hecho. De esta manera de fabri-

¹ Lib. xiii, cap. xxiv.

² Hom. in *Genes.*, xii, cap. ii.

³ Lib. de *Homine*, cap. xxxi, xxx.

⁴ De *orthod. fide*, l. ii, cap. xii.

⁵ Ep. 61 *Ad Pammach.*

⁶ Epist. lxxi.

⁷ De *Civitat. Dei*, l. xiii, cap. xxiii.

ca da una muy buena razón santo Tomás, diciendo: «La naturaleza de las partes es que, separadas y puestas fuera del todo, están en estado imperfecto. Porque como la parte sea por causa del todo, el bien y perfección de ella no ha de residir fuera del todo. Pues habiendo Dios en aquella primera procreación de cosas, hécholas todas en estado perfecto, era inconveniente hacer el cuerpo separadamente del alma, ó el alma sin cuerpo, ambos en estado imperfecto ¹.» Si, pues, san Crisóstomo ó algún otro, como da á entender san Agustín ², creyó que el cuerpo fué formado antes que el alma, de ninguna manera pensó que el cuerpo de Adán tuviese de su cosecha vida vegetativa, sensitiva, movimiento, órganos, ni parte alguna de cuerpo organizado: hablan estos Padres de la materia térrea que con el soplo divino fué convertida en carne animada.

De las sentencias antedichas se sigue cuán diferente camino tomó Dios para hacer al hombre del que los evolucionistas imaginan. Ellos le meten en una cuenta con los demás animales; Dios se particulariza con él sobre todos los demás: ellos quieren encomendar á los elementos su hechura; Dios le saca al campo de este mundo con modo sobremano honroso: ellos quisieran que se fabricase como los demás seres, hablando y mandando; Dios ejecutando su producción por sus propias manos: ellos pretenden que sin pensar y sin consejo, como al descuido; Dios, poniéndose de asiento á deliberar, ocupando en ello manos y corazón: ellos se contentan con la figura tosca de un brutillo por ahí; Dios anduvo con tanto desvelo, que no paró hasta sacar un cuerpo «como una estatua de oro recién fundida y resplandeciente con gran claridad ³»: ellos no admiten sin-

¹ 1.º p.º q.º xc.

² De *Civitat. Dei*, l. xiii, cap. xxiv.

³ San Crisost. : *Lib. de stat.*

gular demostración de afecto ni linaje de fineza; Dios se mostró tan fino y cumplido, que, no queriendo que todo cuanto al hombre tocaba pasase por otras manos, hizo aquella regalada ceremonia de dar vida á la figura de barro con el anhélito de su boca, declarando cuán tiernamente ponía en ello su regalo. Todos estos juzgan los santos Padres por extremos de divina ternura en la creación del primer hombre.

ARTÍCULO II.

Los Doctores Escolásticos concuerdan con los santos Padres acerca de la formación directa é inmediata de Adán, y reprueban la interpretación figurada de la formación de Eva.

PODRÍAMOS continuar la cadena de oro de sentencias patristicas, uniéndolas con eslabones de los escritores de todos los siglos; pero, por evitar prolijidad y no ser menester, digamos qué pensaron los teólogos Escolásticos de la fábrica de Adán y Eva. El Maestro de las Sentencias, tratando en qué edad fué hecho el hombre, expone la doctrina de san Agustín por estas graves palabras: «Augustino dice que Adán fué hecho de un golpe en estado varonil, y eso según las causas superiores, no según las inferiores, es decir, según la facultad y potencia de Dios, que no está atada á los géneros de la naturaleza, como fué la vara de Moisés convertida en dragón. Porque semejantes cosas van contra la naturaleza para nosotros que medimos el curso natural por las cosas que ordinariamente suceden; pero para Dios la naturaleza es quien lo hace; luego no contra su disposición lo hizo Dios. Porque en aquella primera creación de las causas estaba ya contenido que el hombre pudiera ser hecho así; pero no estaba contenido en ellas que así fuese hecho forzosamente, porque eso no estaba

encerrado en la condición de la criatura, sino en el beneplácito del Criador, cuya voluntad es necesidad... Y así fué formado Adán, no según las causas inferiores, porque no estaba en las causas seminales de las cosas que así fuese formado, sino según las superiores, no obrando éstas contra la naturaleza, porque en las causas naturales de las cosas estaba el poderse hacer así ¹.»

La misma explicación da el clarísimo Maestro sobre la formación de Eva, supuesto que hay en Dios arcano poder para poner en ejecución cosas á que no alcanza la facultad de las criaturas, y así dice: «San Agustín pone entre las cosas que son preternaturales la hechura de la mujer, diciendo así: «Para que fuese hecha la mujer, era del caso que residiese poder, no en las cosas, sino en Dios...» La primera creación de las cosas no contenía en sí el hecho de la formación de Eva, pero sí el poder ponerse ese hecho, para que nadie pensase que Dios hacía cosa con voluntad mudable, contra lo voluntariamente establecido ².» Claramente entenderá quien esto leyere cuán lejos anduvo el Maestro Lombardo de enseñar la formación del cuerpo de nuestros primeros padres por las vías naturales del evolucionismo, como quien distinguiendo muy tasadamente la obra de la naturaleza y la del divino poder, á la naturaleza concede no más que la no repugnancia y la posibilidad, al brazo de Dios la entera ejecución de la obra; de manera que no concuerda con los evolucionistas, que pretenden que la naturaleza obrara sola en la fábrica del cuerpo humano.

Allégase el testimonio de santo Tomás. En la cuestión donde resuelve que el alma de Adán no fué criada antes que el cuerpo, propone la dificultad de san Agustín, en esta forma:

¹ II, dist. xvii.

² II, dist. xviii.

«Augustino dice¹ que el alma del primer hombre fué criada con los ángeles antes del cuerpo, por esta razón; porque pone que el cuerpo del hombre no fué producido *en el acto* en aquellas obras de los seis días, sino tan sólo según las causales razones; y eso no puede decirse del alma, que no fué hecha de materia corporal ó espiritual preexistente, ni por virtud criada; por eso parece que el alma fué criada juntamente con los ángeles entre aquellas obras de los seis días en que fueron hechas todas las cosas, y después fué inclinada á regir y á gobernar el cuerpo.» Á esta dificultad responde primero el Angélico, que el alma puede decirse producida en aquellos seis primeros días, en general y como por analogía, en cuanto habiendo sido criada al principio la naturaleza angélica, y participando las almas humanas una semejanza de naturaleza intelectual con los espíritus, no hay por qué repugnar que se diga fué el alma de Adán hecha y contenida ampliamente y en común en la creación de los seres espirituales, no singular y determinadamente².

Tocante al cuerpo, á este príncipe de la teología le dió ya en los oídos la moderna interpretación. «Hay quien piensa que el cuerpo del hombre fué formado primero, *prius tempore*, y que luego de formado, Dios le infundió el alma³. Á lo cual responde con esta filosófica doctrina: «Pero es contra la perfección de esta primera institución el que Dios hiciera el cuerpo sin el alma, ó el alma sin el cuerpo, siendo ambas partes de la naturaleza humana.» Y confirma y acaba de cimentar su respuesta con esta importante razón: «Mayor inconveniente es decir eso (que fué formado antes) del cuerpo, que depende del alma, y no al revés.»

¹ *De Gen. ad litt.*, l. vii, cap. xxiv, xxv, xxvii.

² *I p.*, q. xc, a. 4.

³ *I p.*, q. xci, a. 4 ad 3.

En la misma cuestión, tratando y definiendo que el cuerpo de Adán fué fabricado inmediatamente por Dios, acude al reparo de san Agustín, en la forma siguiente: «Preexistir una cosa según las razones causales dicese de dos maneras: lo primero en orden al poder activo y pasivo juntamente, de suerte que, no sólo pueda la cosa ser hecha de materia anterior, sino que preexista alguna criatura que la pueda hacer. Segundo, en orden á la potencia pasiva tan solamente, es decir, que pueda la cosa ser hecha por Dios de materia preexistente. Y conforme á Augustino, el cuerpo del hombre preexistió de esta segunda manera en las obras producidas según las razones causales⁴.» La misma respuesta aplica á la formación de la mujer. «Así como Augustino atribuye á la primera creación, no la hechura, sino lo posible de de hechura de la mujer, así también deberemos decir que su cuerpo preexistió en las primeras obras según sus razones causales, no en cuanto á la potencia activa de la criatura, sino á la potencia activa del Criador⁵.» Claramente somete santo Tomás la obra del cuerpo del hombre y de la mujer al poderío del soberano Artífice, excluyendo toda intervención activa de las causas naturales; al revés, los evolucionistas requieren poder en Dios para la creación de las almas, pero hallan en la evolución pertrechos suficientes para producir los cuerpos.

Cuán contrario al juicio de los Escolásticos fuese el antojo de los evolucionistas, lo demuestra muy á las claras la opinión de Oleastro⁶ y de Eugubino⁷, los cuales imaginaron que para formar al hombre tomó el Hijo de Dios figura humana, llena de resplandor y belleza, y enseñaron que á

⁴ *I p.*, q. xci, a. 2.

⁵ *I p.*, q. xcii, a. 4.

⁶ *In Genes.*, cap. ii.

⁷ *Cosmopsia*, fol. 46.

semejanza de tan agraciado modelo fué hecho el semblante de Adán. Todos los teólogos desecharon por nuevo y frívolo el comentario de estos autores. En particular el Cardenal Aguirre (O. B.) le impugnó vigorosamente en sus *Comentarios á la Teología de san Anselmo*¹, manifestando que Tertuliano² y Prudencio³, en lo que sobre esto dijeron, hablaron trópicamente y á otro particular intento.

El agudísimo Dr. Maestro Durando, de la Orden de Santo Domingo⁴, no consiente duda en la inmediata formación del cuerpo de Adán, ni en la parte histórica de la formación de Eva⁵.—El Tostado pone la diferencia del hombre á los animales en ser éstos producidos unos de otros, el hombre no así, ni la mujer tampoco⁶.—El P. Benito Pereira, reprendiendo la sentencia del Cardenal Cayetano, que dió en tener por figurada la historia de la formación de Eva, nota su audacia con estas formales palabras, que valen por cuantas razones se pudieran alegar: «Sepa el lector que á Cayetano le son contrarios, no tan sólo todos los Doctores católicos, mas también Josefo, el príncipe de todos los hebreos en ingenio y doctrina, y los principales rabinos que han interpretado el libro del Génesis⁷.»—También es buen testimonio el P. Maestro Fr. Domingo Báñez, el cual, relatadas las opiniones de Plotino, Ammonio y Orígenes, que estimaron alegórica la historia de Eva, después de comprender á Cayetano entre los alegoristas, demuestra esta proposición: «Todas estas sentencias, y otras, si las hay, que afirman la for-

mación de Eva de la costilla de Adán no acaecida en hecho de verdad, sino en sentido metafórico, no tan sólo son peligrosas en la fe, mas también contra la fe, y erróneas⁸.» Por lo que hace á Cayetano, ya que le castigue con la advertencia severísima de sus yerros, excúsale la nota de herejía que Ambrosio Caterino⁹, Alonso de Castro¹⁰ y Gabriel Prateolo¹¹ quisieron aplicarle: aunque, bien mirado, estos autores únicamente le condenaban la doctrina, dejando en su lugar la docilidad de su autor, como á Suárez le pareció¹².

Asimismo el P. Luis de Molina¹³ juzgó por poco segura en la fe la sentencia de Cayetano; las razones que trae son: primera, el ir contra la común exposición de los Padres y Doctores; segunda, el no concordar con el sentido obvio de la historia del Génesis; tercera, el disminuir la fuerza y autoridad de las Escrituras; cuarta, el dar al través con el sacramento del Matrimonio.

No va por otro camino el juicio del Dr. Guillermo Estio¹⁴. Preguntando si el cuerpo de Adán fué hecho antes que el alma, responde con san Gregorio Niseno¹⁵ y san Juan Damasceno¹⁶, que ni el cuerpo fué antes que el alma, ni el alma antes que el cuerpo, sino ambos á dos á la vez. «No es preciso, añade, entender aquí orden de tiempo, como si Dios hubiese primero formado al hombre de barro, y después le inspirase el alma... no dice la Escritura que Dios formó el cuerpo del hombre, sino que formó el hombre, significando que el término de la forma-

¹ *In I p. D. Thom.*, q. xcii, a. 3.

² *Super Genes.*, l. ii.

³ *Ad her.*, l. ii.

⁴ *De Vir. her.*, l. xviii, cap. xx.

⁵ *De op. sex dier.*, l. iii, cap. ii.

⁶ *De op. sex dier.*, disp. xxiv.

⁷ *In lib. II Sent.*, dist. xvii, § iii.

⁸ *De homine*, cap. xxx, xxx.

⁹ *De orth. fide*, lib. ii, cap. xii.

¹⁰ *Tract. V De Natura hominis para.*, monol.

cap. xviii, disp. cii, sect. ii.

¹¹ *Lib. De Resurrect. carnis*, cap. vi.

¹² *Apologet.*, p. 245.

¹³ *L. ii*, dist. xvii, a. 2.

¹⁴ *Ibid.*, dist. xviii, q. i.

¹⁵ *Comment. in Gen.*, c. 1.

¹⁶ *Comment. in Gen.*, l. iv, q. xi; *De form. Eva.*

ción no era un cuerpo sin alma, sino el hombre que no carece de alma.» Y respondiendo al reparo común en esta materia, dice así: «Si por cuerpo humano entiendes el que se percibe con ciertas alteraciones previas á la recepción del alma, aunque le falte la última disposición, verdadera y recatemente se dice en ese sentido que el cuerpo del primer hombre y el de todos los demás es primero que la infusión del alma.» Habla así este teólogo concediendo el espacio de tiempo necesario para que el barro de su ruda condición pasase al de perfecta fábrica inánime hasta que hiciese el alma su entrada: la cual operación en menos de 24 horas hubo de llevarse á cabo, según la opinión de la Sorbona, por donde Estio era doctor. Más abajo alega en favor de la historia de Eva dos razones principales: la una ser representación de Cristo y de la Iglesia; la otra, santo símbolo del matrimonio; y por ello indubitable realidad.—El P. Martín Becano¹, aunque cree probable que el alma de Adán fué primero que su cuerpo, más probable juzga que fuese producida juntamente con él; pero acerca de Eva, «concuerdan, dice, Padres y Escolásticos, sin discrepancia ninguna, excepto Cayetano».

El P. Francisco Suárez mantuvo como doctrina católica la producción inmediata del cuerpo de Adán en conformidad con todos los Padres y teólogos, entendiendo por formación la organización material². Pregunta el Eximio Doctor, llevado de su deseo de apurar los extremos de la verdad, si el cuerpo de Adán quedó organizado en el acto con toda la disposición y ornato de sus miembros, ó si fué pasando por grados del estado de polvo al ser de carne, con cambios sucesivos, de arte que viniese á recibir el

¹ *Summa Theol. Schol.*, p. 1, tr. v, c. 1, q. 2.
² *De op. sex dier.*, l. II, cap. 1.

alma en el punto de tocar á su término la organización: y resuelve, apoyado en san Juan Damasceno³, san Gregorio Niseno⁴ y santo Tomás⁵, que en un instante quedó el cuerpo acabado, mudándose en el acto de substancia térrea en condición de carne, y echando rayos de vida racional; es decir: que quedar hecho carne, organizado, animal y racional fué todo para Suárez obra de un sólo instante.

La razón que esfuerza es, que de lo contrario, siendo sucesiva la formación, primero la tierra hubiera pasado por la forma vegetativa, después por la sensitiva, antes de adquirir la forma racional; y estas purificaciones y pasos parecíanle al Eximio, sobre increíbles, absurdos. Tanteada en seguida la opinión de los que, como el Crisóstomo⁶, el Tostado⁷ y Castro⁸, dijeron haber sido el cuerpo de Adán antes que el alma; niega que ello así fuese; pero otorga que «pudo Dios formar aquél cuerpo por alteraciones progresivas, como que del limo fuesen hechos los varios miembros del cuerpo humano distintos por su figura, situación, rareza ó condensación siquiera en un breve tiempo». He aquí cuanto concede este ilustre Doctor á los evolucionistas que con tanta alharaca le declaran por suyo; concédeles que pudo Dios labrar el cuerpo en el intervalo de unas pocas horas, pues que en el espacio de veinticuatro se hubieron de producir todos los mamíferos, y Adán y Eva, según la sentencia de Suárez. ¿Tienen harta los evolucionistas con la posibilidad? ¿Les arma el espacio de unas horas para su soñada evolución? ¿Por qué, pues, levantan al Eximio ese testimonio y le hacen pactar consi-

³ *De fide orthod.*, l. II, cap. XII.
⁴ *De op. hom.*, c. XXVIII.
⁵ l. 1, q. 101, n. 4.
⁶ *In Genes.*, hom. XII y XIII.
⁷ *In Genes.*, cap. II.
⁸ *Aberts. bar.*, V., anima.

go, cuando tan lejos anda de su sentir?

Porque salva á Suárez de las uñas de los evolucionistas la cuestión misma que entabla al final del capítulo I. Propone la duda si el cuerpo de Adán fué criado con toda la perfección necesaria y debida al alma racional, ó á cuerpo digno de tal alma. «Esta duda, dice, puede entenderse, ó de la perfección específica y esencial del cuerpo, ó de la individual y consumada cuanto al estado y edad. En el primer sentido no ha lugar la duda; porque fué menester que aquel cuerpo poseyese esa perfección específica, no sólo porque la recibiese formalmente del alma, sino porque forzosamente hubo de estar dotado de tales disposiciones, y en aquel grado que el alma racional requiere para poder informar el cuerpo, y un cuerpo semejantemente dispuesto puede llamarse específico en su manera, y connatural al hombre por razón de su especie: y así no hay duda, sino que el de Adán poseyó tal perfección para tal individuo determinado.» No podía Suárez con más claridad expresar que el cuerpo de Adán fué formado con aquella perfección que convenía al ser de hombre, ó sea á la dignidad de morada de alma espiritual. Luego no fué hecho para ser animal solamente, como porfían los evolucionistas, sino para ser animal racional y digno santuario del alma humana; y siendo esto así, ¿cómo no ha de ser vana la fantasía de aquellos escritores que se cubren con el manto de Suárez para autorizar sus despropósitos?

Vengamos al cuerpo de Eva. Propuesta esta novedad de Cayetano, asienta esta clarísima tesis: «Sentencia católica es que estas palabras de la Escritura deben entenderse á la letra, que á la letra las entendieron los Padres todos y la universal Iglesia hasta Cayetano; y por cosa cierta y católica creyeron que Eva fué fabricada de una costilla de Adán.» Después de fundar

en razones esta aserción, responde á los argumentos de Cayetano, que no dan, cierto, asidero á soluciones evolucionistas, sino á declarar solamente que la manera que guardó Dios en aquella fábrica del cuerpo de Eva fué del todo extraordinaria y sobre las fuerzas criadas.—Más adelante va el P. Rodrigo Arriaga¹, aseverando ser cosa cierta y de fe la formación de la primera mujer; y por argumento principal dice que si las historias verdaderas se trastruecan y tornan alegorías, no habrá verdad que se tenga en pie en todas las Escrituras.—El P. Fr. Juan Gabriel Boyvin (O. M.), tanto del alma de Adán como de la de Eva, juzga que fueron producidas en el mismo instante que sus respectivos cuerpos², y no antes que ellos, fundando su dicho en san Buenaventura³.

En el mismo siglo XVII, Francisco Silvio⁴, al propio tiempo que defiende por razón de su especie: y así no hay duda, sino que el de Adán poseyó tal perfección para tal individuo determinado. No podía Suárez con más claridad expresar que el cuerpo de Adán fué formado con aquella perfección que convenía al ser de hombre, ó sea á la dignidad de morada de alma espiritual. Luego no fué hecho para ser animal solamente, como porfían los evolucionistas, sino para ser animal racional y digno santuario del alma humana; y siendo esto así, ¿cómo no ha de ser vana la fantasía de aquellos escritores que se cubren con el manto de Suárez para autorizar sus despropósitos?

Vengamos al cuerpo de Eva. Propuesta esta novedad de Cayetano, asienta esta clarísima tesis: «Sentencia católica es que estas palabras de la Escritura deben entenderse á la letra, que á la letra las entendieron los Padres todos y la universal Iglesia hasta Cayetano; y por cosa cierta y católica creyeron que Eva fué fabricada de una costilla de Adán.» Después de fundar

¹ *De op. sex dier.*, disp. XXXIV, sect. 2.
² *Theologia Quadrupartita Scoti, prima pars, Tract. De Creatione mundi*, disp. III, quest. 1.
³ *In II, dist. XII, art. 1, q. III.*
⁴ *Comment. in 1. p. D. Thomae*, q. 101, art. 4.

ARTÍCULO III.

Los teólogos modernos sustentan la misma tesis.—Las Escrituras sagradas la confirman.—El texto del Génesis la corrobora.—Las tradiciones antiguas la ratifican.

SOBRE el mismo camino anduvieron los teólogos posteriores. El P. Fr. Bautista Gonet (O. P.)¹ declara que «la sentencia de Cayetano fué rechazada comúnmente por los teólogos é intérpretes de la Escritura, y tiene por contrario el unánime sentir de todos los Padres, que afirman haber sido Eva formada de Adán, lo cual de la narración de Moisés, que describe la procreación de Eva, abiertamente se colige».—Fray Lorenzo Berti, de la Orden de san Agustín, esclarecido propugnador de las doctrinas del obispo de Hipona, sobre concordar con el P. Gonet² en la doctrina del santo Doctor que arriba citamos, añade este comentario: «Según san Agustín, los ángeles vieron en el Verbo todo cuanto en aquellos primordiales velos se escondía y encerraba. Y así vieron el barro de la tierra, y cómo de él había de ser fraguado el cuerpo de Adán, y cómo Dios le había de infundir el alma; y estas cosas las vieron también á ojos vistas, en sí mismas, fuera de las causas, cuando visiblemente fueron hechas.»

Honorato Tournely sostenía la misma doctrina. «En el primer capítulo se describe la obra, en el segundo el modo de ejecutarla; es decir, Adán formado del limo terrestre, Eva de la costilla de Adán... Creados pueden llamarse cuanto al cuerpo, por haber salido de materia creada poco antes (*proxime creata*).»—El teólogo Contenson (O. P.), asentaba estas dos po-

¹ De creatione hominis, disp. 1, a. 1.

² De Theol. Discipl., l. xii, dissert. 1, cap. ii.

³ Profection. Theol.; De op. sex dier. Genes., l. v, art. viii.

siciones: «Dios formó el cuerpo de Adán *de limo terræ*: Dios formó dicho cuerpo *in instanti*».—El P. Juan B. Jener (S. J.) defendía que el solo divino Artífice construyó inmediatamente el cuerpo adamítico *de limo terræ*; esto es, de tierra mezclada con agua (*proxime construxit*), y lo prueba con largo catálogo de autores cristianos y gentiles³.—Otro esclarecido teólogo, L. Habert, propugnaba que el hombre por causa del alma racional fué hecho viviente (*factus est vivens*), y que Dios le formó con las manos, así como al revés había formado las demás criaturas con el imperio de la voz».—El cuerpo de Adán fué hecho en la forma que suele tener ahora un cuerpo de edad perfecta. Así Juan B. Dall'Occa⁴.

Entrando en nuestro siglo, vemos continuada por los teólogos la misma tradicional doctrina. Fr. Jorge María Albertini (O. P.): «Considerada las palabras del Génesis en los días precedentes: todo, por disposición de Dios, sale del mar, de la tierra, del aire: ninguna cosa se hace con consejo de la Trinidad, ninguna con las manos de Dios, ninguna á su imagen y semejanza: sólo del hombre se dicen estas maravillas».—Fr. Tomás María Cerboni (O. P.): «Dos cosas han de distinguirse en la producción de Adán: la formación del cuerpo, y el *spiraculum vite*: aquélla, del barro se dice hecha por Dios; éste, inspirando Dios y sin precedente sujeto».—Fr. Pedro María Gazzaniga (O. P.), después de advertir cómo algunos autores admitieron

¹ Theologia, t. 1, lib. iv, dissert. v, cap. ii, specul. 1.

² Theologia dogmatica Scholastica, t. iii, p. ii; Tract. I, lib. iii, cap. 1.

³ Theol. dogmat., t. 1.—Tract. de Creatione, II p., cap. iii.

⁴ Instit. theolog., t. ii; Tract. de Homine, dissert. 1, cap. 1, art. ii.

⁵ Acroases de Deo hominis Creatore: Acroasis 1.

⁶ Instit. theolog., t. iii; De primo homine, disp. viii, lib. 1, cap. ii.

dos creaciones del hombre, la una cuanto al alma, la otra cuanto al cuerpo, dice que «la formación descrita en el capítulo ii, es sólo repetición y declaración especificada de lo que se había dicho sumariamente en el capítulo i, sin explicar el modo de formación». Y trae en apoyo de su aserto las poderosas razones de Santo Tomás.

Con igual tesón el P. Billuart (O. P.)¹, pelea por la inmediata formación del cuerpo de Adán y del sentido literal de la formación de Eva; y la misma doctrina enseña el P. Agustín Calmet², fundado en la Escritura, en los Padres y en la tradición.—El P. Pianciani (S. J.), después de asentar la formación inmediata del cuerpo de Adán, dice: «Caterino arguye á Cayetano con acrimonia y no sin su porqué. Sabemos, al decir de Petavio, que Cayetano á veces interpretó las Escrituras con demasiada osadía y con menos cautela. Semejantes interpretaciones tienen encuentro con el dictamen de los Padres y Doctores de la Iglesia; y huelen á hermenéutica origenista, por lo tanto han de temerse y desecharse».—El P. Perrone (S. J.)³, no contento con esforzar la formación inmediata de entrambos progenitores y con responder á las objeciones, añade, refiriéndose á la hipótesis de Aristóteles⁴, que parece suponía al hombre nacido de gusano ó huevo: «alguna venía merece este filósofo, como quien carecía del beneficio de la revelación; pero no la merecen, no, los modernos que sobre el origen del hombre han desbarrado sin tino ni tiento».

Acercándonos á nuestros días, ya el sabio Darras⁵, aludiendo á la opi-

nión de Cayetano, decía: «No alcanzámos á qué viene el ansia de la escuela alemana por resucitar y dar nuevo calor á esta teoría... El relato de la formación de la mujer es tan obvio y terminante como las obras de la creación: el fingido símbolo sólo está en la fantasía de algunos modernos autores.»—Habla de la formación inmediata el P. Palmieri (S. J.), y escribe: «Este es el sentido obvio, no puede negarse; á no haber de por medio alguna prudente razón, á todo trance se ha de defender.»—Con harta viveza expresa igual sentimiento el P. Clemente Schrader (S. J.)⁶, cuando declara la diferencia entre el *bara* del capítulo i, vers. 27, y el *yatzet* del capítulo ii, vers. 7. «Adviértase, dice, que en el primer pasaje se trata de la producción del hombre, y mayormente de su parte principal y de la forma que se llama substancial, y lo es, y cuya producción no puede darse sin creación *ex nihilo*: en el otro se habla de la fábrica del hombre cuanto al organismo corpóreo, cuya materia preexistente estaba hecha, y que también poco antes se lee haber sido producida de la nada.»—Mucho más explícito es el P. Hurter (S. J.)⁷: señalando con el dedo la opinión del doctor Mivart, dice: «Á esta opinión, ciertamente, ni la tachamos de materialismo, ni de incredulidad; pero la reprobamos, porque no va conforme á razón, cuanto menos á la Escritura, que nos muestra á Dios autor inmediato del cuerpo humano».

El cardenal Mazzella (S. J.), en asentando como muy cierta la formación inmediata de los cuerpos de nuestros primeros padres, hace esta ad-

¹ De op. sex dier., dissert. v, a. 1.

² In Genes., cap. ii.

³ Cosmogonia, § lxxvi.

⁴ De homine, cap. 1.

⁵ De Genes. an. m., l. iii.

⁶ Hist. de l'Église, t. 1, ép. 1, chap. iii.

⁷ De Deo create, p. 220.

² De Deo create, cap. ii.

³ Theol. dogm. De Deo create, th. cxii.

⁴ LIBERMAN; Instit. Theol., t. iii, l. iii, cap. ii, art. ii.—MIGUEL SÁNCHEZ; Cursus Theol. dogmat., tract. v, p. 1.

vertencia: «Esto decimos para prevenir á los incautos é ilustrar á ciertos católicos escritores, que, llevados más de lo que fuera razón de sus aficiones, establecen teorías, sin contar con la revelación, y se esfuerzan luego en ajustar la historia bíblica á sus propias teorías; cuando, por el contrario, la Santidad de Pío IX escribía: «Los católicos que cultivan estas ciencias conviene que tengan por estrella la divina revelación que les guíe los pasos; para que, puesta en ella la mira, se aparten de los escollos de los errores.»—Finalmente, el P. Tilmann Pesch (S. J.), soltando la duda de aquellos escritores poco avisados, que porque ven que el hombre, según la Escritura, no vino al mundo por los trámites de la evolución, niegan por analogía ser posible la de las especies animales, dice así: «Los que tal piensan, luego que adviertan que la Escritura de muy distinta manera refiere el origen del hombre y el de los animales, juzgarán que esa analogía no tiene lugar ni hay que hacer caso de ella; y verán claramente que no es apartarse de la narración mosaica el dar al hombre un origen diferente de los demás organismos. Fuera de que, enseñándonos la revelación cristiana que el hombre ya desde el principio fué levantado por Dios á un fin sobrenatural, no puede decirse que la producción de los primeros hombres y la concurrencia de tan raras maravillas tuviesen competencia y enemistad entre sí.»

Con razón dice, pues, Benedicto XIV que «ninguno de los católicos antiguos se halla haber torcido á impropiedad las palabras textuales de este lugar». Y san Agustín había di-

cho ya en tono de reprensión que «los que miden por estas obras ordinarias y cotidianas la virtud y sabiduría de Dios, las que primeramente crió, porciones que no las entienden ni saben, imaginanlas infielmente».

De todos cuantos testimonios hemos acumulado hasta aquí, podemos concluir que la tradición de diez y nueve siglos está en pacífica posesión de esta verdad, conviene á saber, el primer hombre y la primera mujer fueron formados por las manos del mismo Dios, de portentosa manera, y no por vías naturales. Por esta verdad claman las Escrituras. El Eclesiástico: «Dios crió al hombre de la tierra, y le hizo según su imagen...; y creó de él una ayudadora que era semejante á él.»—Job: «Tú hiciste á Adán del limo de la tierra, y le diste á Eva por auxiliar.»—San Pablo: «Adán fué criado el primero, Eva después.»—«No el varón salió de la mujer, sino la mujer del varón.» Por esta verdad clama el común sentir de las gentes cuando el *polvo* reconocen por principio de nuestro origen, y publican á una que tierra somos, ceniza, lodo, légamo vil, y que tierra nos hemos de volver. Por esta verdad claman el mismo vocablo *Adamah* (אֲדָמָה), que significa *tierra labrantia*, y dió nombre al primer mortal; y la voz *virago* (יִשָּׁה), que es *hembra*, y denota que del hombre fué sacada sin medianero ni linaje de evolución natural. De lo contrario, ¿cómo Adán la confesara hueso de sus huesos, carne de su carne? ¿Cómo no prorrumpió en transportes de admiración sino después de contemplar toda la turba de animales, y cuando hubo visto que

¹ De *Creat. Dei*, lib. xii, cap. xxiii; De *Genesi* ad *Heb.*, lib. ix, cap. xiii.

² Cap. xvii.

³ Cap. viii.

⁴ *1 Timoth.*, cap. ii.

⁵ *1 Cor.*, cap. xi.

¹ Carta al Ob. de Mónaco, 21 Diciembre 1865.

² De *Deo create*, disp. iii, art. 1, § 1.

³ *Instit. Philos. natur.*, l. iii, disp. iii, sect. ii.

⁴ De *serv. Dei Beatis*, lib. iv, p. 1, cap. xxiii.

n. 5.

ninguno había entre ellos que mereciera los afectos de su corazón sino la mujer que de su costado había salido? ¿Qué significación tendría, en la hipótesis evolucionista, aquel himno que entonó Adán profetizando el enlace de Cristo con su Iglesia, y celebrando y exaltando el vínculo del matrimonio, como es cierto que los profetizó y celebró?

Por último: no advierten los modernos comúnmente cuánta estima merecen las tradiciones antiquísimas de los pueblos. Forjan teorías, no dándoseles nada de la veneranda antigüedad, así como pasan por alto el baluarte de la tradición, pareciéndoles que si queda algún cabo suelto, como no traiga consigo inconvenientes de bulto, bien pueden llevar adelante su libertad de opinar; y no acaban de persuadirse que cada invención mal cimentada deslustra los sentimientos pregonados por la ancianidad de los siglos. ¿Qué tradición hay más común ni mejor establecida que la formación del primer hombre? Los indios, los chinos, los griegos y romanos, el Oriente y Occidente colocan en sus cosmogonías la creación del hombre en último lugar, después de animales y plantas, como el primor de las obras de Dios. «La tradición, dice Lucken, sobre la formación del hombre, se ha conservado tan vivamente impresa en la memoria de los pueblos, que, no tan sólo ha sobrevivido por doquier, mas ha hecho que los paganos llamasen al hombre *nacido de la tierra, tierra animada*, y otros apellidos semejantes.»

Presentemos algunas muestras de tan universal aclamación. Los egipcios llamaban á *Knef* organizador del hombre; y en Elefantina poseían una figura que representaba á *Knef* modelando al hombre en una rueda de alfarero,

según refiere Eusebio en su *Preparación Evangelica*; y aun hoy en día se encuentran bajo-relieves que simbolizan esta operación divina. Los caldeos profesaban en sus creencias que de sangre amasada con tierra se habían formado los hombres y los animales. La mitología india solemnizaba que el primer hombre nació de la tierra por mandamiento de Dios. Los chinos creían que el hombre había sido fabricado de tierra amarilla. Los griegos tenían tan acostumbrada su imaginación á esta verdad, que daban á los titanes y hombres poderosos el título de *hijos de la tierra*, y enseñaban que Prometeo formó el primer hombre del lodo terrestre, y Minerva le infundió el alma racional; á los cuales Lactancio, con su vigorosa elocuencia arguye, diciendo: «Erraron en los nombres de los autores, no en las cosas.» Llegaba á tales términos la fuerza de esta tradición, que Pausanias escribe haber visto él por sus propios ojos, en su viaje por Grecia, un pedazo de tierra, reliquia, según le dijeron, de la materia que se empleó en la formación del primer hombre.

Y si del Occidente pasamos á las Américas, hallaremos resplandores de esta verdad en Haití, donde se cree al hombre formado de tierra roja; en el Norte-América, donde llaman á los hombres *hechos de tierra*; en Méjico, donde los apellidan *tierra animada*; en el Brasil, donde se cuenta que fué formado el hombre primero de arcilla, y después que un soplo le dió vida, y por excusar hastío, de la mujer leemos en las cosmogonías y tradiciones antiguas memorias tan curiosas como del hombre, en un todo conformes con las enseñanzas de la sagrada Biblia.

¹ De *orig. erroris*, l. ii, cap. xii.

² *TACTYO: Germanica*, ii.

³ LUCKEN: *Tradit. de l'humanité*, t. i, l. i, ch. iii.

¹ *Ad Ephes.*, c. v.

² *Les tradit. de l'humanité*, t. i, l. i, ch. iii, § xii.

ARTÍCULO IV.

San Agustín, santo Tomás, el P. Suárez, lejos de favorecer á los evolucionistas, les son totalmente contrarios.

AS razones hasta aquí propuestas parecerían bastantes para dar por conclusa esta causa, y en tierra con la evolución respecto del hombre, si los adversarios no se gloriasen de pregonar que la Teología cristiana y la evolución no se tienen tanta ojeriza como parece. Porque aun consintiendo que la evolución no esté demostrada, y que tenga contra sí graves inconvenientes, porfían que san Agustín, santo Tomás y Suárez, que son los príncipes de la Teología positiva y escolástica, la dieron con sus plumas alto crédito. En los testimonios antedichos va contenida la respuesta que á estos eufugios conviene; pero los iremos satisfaciendo en particular y más despacio, á fin de que la gloria de estos claros Doctores se muestre en todo su esplendor, y los partidarios del evolucionismo se corran de la sinrazón que les hacen.

Así lo entendió el doctísimo Berti (O. A.), cuando en nombre de san Agustín asienta la creación simultánea de la materia, y la formación inmediata del cuerpo de Adán¹. Si no bastan los lugares de san Agustín que van arriba citados para sacar á los evolucionistas la espina que se les atravesó, pongan los ojos en el capítulo xv del *Genesis ad litteram*, lib. vi, donde leemos: «El hombre fué hecho así, ni más ni menos, como aquellas primeras causas consentían que fuese hecho el primer hombre; el cual convenía que fuese fabricado de limo, y no que naciese de padres, pues ningun-

os habían precedido. Porque si de otra manera fuera hecho, Dios no le hiciera en aquellas obras de los seis días; y en ellos debió de ser hecho; conviene á saber, no él, sino la causa material de que á su tiempo el hombre había de ser formado por Dios; el cual en el criar las causales razones consumió los principios, y comenzó las cosas que se habían de llevar á cabo en el orden de los tiempos. Si, pues, en aquellas primeras causas que el Criador ingirió en el mundo, no solamente estableció que había de formar el hombre del barro, sino también cómo le había de formar, si en el seno de la madre ó en forma juvenil; sin duda hizo después lo que antes había determinado, pues no había de obrar contra aquella su disposición. Y si puso allí solamente la virtud de la posibilidad, encerrando solamente el poder ser hecho el hombre así y así; y si aquel modo que había de emplear en hacerle guardó en su voluntad y no le confió á la constitución del mundo, es cosa clara que no fué hecho él contra lo prescrito en la primera condición de las causas, porque en ellas estaba contenida la posibilidad, no la necesidad de ser fabricado de esta manera; que ésta no pendía de la condición de la criatura, sino del beneplácito del Criador, cuya voluntad es necesidad de las cosas.»

¿Quién si atentamente leyere este capítulo, descubrirá en él cosa que huela, ni por pensamiento, á evolucionismo? Crió Dios al hombre sin padres; formóle de barro, porque quiso; en el principio infundió á los elementos virtud para que *puadiesen* de todas maneras (*vim tantum posuit ibi possibilitatis*) dar ser al cuerpo de Adán; entre todas las posibles, reservó para sí la manera propia y realmente efectiva que quería emplear en su formación; este arbitrio extraordinario no le vinculó en las fuerzas mundanas (*non mundi constitutioni ipsum modum*

contextu), aunque le decretó en la misma primera creación (*procul dubio fecit ut illic præfixerat*), porque no cabía en la facultad de la criatura, sino sólo en la suprema voluntad del Criador (*non erat in conditione creaturæ, sed in placito Creatoris*). ¿Dónde está el evolucionismo de san Agustín? Descúbrase, por el contrario, en el santo Doctor cauteloso estudio en distinguir la obra de Dios y la obra de la naturaleza; pues resuelve que aun caso que fuera posible ser hecho el hombre de muchas maneras, la única que Dios había escogido, la remitió á la fuerza de su poderoso brazo, sin fiarla á la evolución de la materia. ¿Podía un Doctor antiguo antever con más claridad el sistema de los evolucionistas, y enflaquecerle y ahogarle, aun antes de nacer, con más vigorosas razones?

El mismo Huxley, afamado darwinista, no pudiendo averiguarse con los argumentos del Dr. Mivart, y mayormente recibiendo pena de que éste se amparase con la autoridad de los Doctores católicos para dar asilo y autoridad á su evolucionismo, cuando no le quedaba piedra que arrojar contra los transformistas; tomó á pechos el estudio de los libros eclesiásticos, y cansado de revolver volúmenes, declaró que ni uno tan siquiera había hallado que profesara el evolucionismo. «No seguiremos á M. Huxley, dice la *Revue Scientifique*¹, en las citas teológicas que llenan trece páginas de su artículo, por el poco interés que para nuestro caso tienen. En su juicio, contra el de M. Mivart, los Padres más graves de la Iglesia católica son enemigos de la evolución.»

Para que sentencie el discreto lector cuán sin razón se favorecen los evolucionistas de la autoridad de san Agustín, trasladaremos aquí un texto del Santo citado en francés, por el abate

¹ 1871, p. 578.

Moigno², tomado del *Genesis ad litteram*³. Es como sigue: «Saint Augustin, dans son livre *De Genesi ad litteram*, livre v, chap. v, n. 44, dit expressément: «De même que dans la seule graine est contenu tout ce qui dans le temps doit s'élever sous forme d'arbre, de même quand on dit que Dieu créa tout ensemble *creavit omnia semel*, il faut comprendre le montage d'entier avec tout ce qui a été fait en lui et aveclui: lorsque le jour fut venu, non seulement le ciel avec le soleil, la lune et les étoiles; mais aussi tous les êtres que la terre et l'eau ont produits potentiellement et causativement, avant qu'ils naissent dans la suite des temps, tels qu'ils sont déjà connus dans les œuvres que Dieu opère encore aujourd'hui.»—Et ailleurs:—«Tous ces êtres originairement et primordialement sont déjà créés dans une certaine texture d'éléments, mais ils se produisent quand l'occasion favorable est donnée.»—Saint Thomas cite et approuve les textes de saint Augustin, etc... Suárez se fait l'écho de ses mêmes doctrines⁴.» Hasta aquí el tenor de los retazos de san Agustín conforme los trae el abate Moigno.

¿Quién creyera que el abate Ducrost hubiese tenido valor para copiar servilmente letra por letra, sin dignarse consultar el original, la versión del abate Moigno tal cual va estampada arriba⁵? Ábrase *La Controverse*⁶, y se cae el alma á los pies viendo el párrafo sin las citas, con prendas evidentes de servil plagio. Para que pueda el lector tasar el precio de esta traducción, sírvase pasar la vista por el texto de san Agustín, que dice así en la parte mal citada por estos escritores: «Sicut

¹ Les splend. de la foi, t. II, append. c.

² L. v, cap. xxiii.

³ De Creatione, disp. xv, núms. 9, 13, 19.

⁴ Revue des questions scientifiques, 1886, p. 582.

⁵ T. II, Oct. 1884, p. 216.

autem in ipso grano invisibiliter erant omnia simul quæ per tempora in arborem turgerent; ita ipse mundus cogitandus est, cum Deus simul omnia creavit, habuisse simul omnia quæ in illo et cum illo facta sunt, quando factus est dies; non solum cœlum cum sole et luna et sideribus, quorum species manet motu rotabili, et terram et abyssos, quæ velut inconstantes motus patiuntur atque inferius adjuncta partem alteram mundo conferunt, sed etiam illa quæ aqua et terra produxit potentialiter atque causaliter, priusquam per temporum moras ita exorientur quomodo nobis jam nota sunt in eis operibus, quæ Deus usque nunc operatur.¹»

No hagamos cuenta de la versión desaliñada, tal vez mal copiada por Moigno, del Dr. Mivart; pero, ¿dónde prueban estos traductores y copiantes que san Agustín habla, en el lugar alegado, de la evolución y particularmente de la evolución humana? Pues como si el dicho del abate Ducrost fuera autoridad de mayor excepción, hete aquí que el crítico Jean D'Estienne apela al nombre del abate para dar por cierto que la hipótesis evolucionista es digna de toda consideración y respeto.² ¿Quién queda aquí más burlado, el lisonjero, el plagiario, el copista ó el traductor?

No soltemos la pluma sin poner de manifiesto otro punto escapado á la del mismo Jean d'Estienne. Censurando la obra de M. De Lastrade,³ dice así: «San Agustín no admite acaso en algún lugar que las plantas podían haber sido criadas solamente *in causa*, *in fieri*, cuando Dios pronunció el mandamiento: *germinet terra herbam virtutem*? Es verdad que el texto hexamérico añade luego: *et protulit terra herbam viventem*, etc.: lo cual

¹ Lib. v, cap. xxiii, n. 45.

² *Revue des quest. scientif.*, 1886, p. 582.

³ *Ibid.*, p. 584.

indica que si las plantas fueron criadas primero tan sólo en potencia, *in causa*, el hecho no tardó en seguirse al mandato. Mas, ¿quién estorba que admitamos que la ejecución del precepto se llevó á cabo sucesivamente y por grados? ¿Quién lo estorba? Lo estorba san Agustín, que ni palabra ni media dice de la alteración gradual y sucesiva de los seres: fuera de la sucesión de tiempo, ¿dónde están esas subidas de especies, esos pasos de una especie en otra, ese arte de transpearar y purgar la escoria de una misma especie? Antes al contrario, san Agustín contradice á la evolución, porque funda y prueba con razones la estabilidad de las especies; ni quiere que se martirice á una planta y se la haga pasar por el potro de tantos trabajos para dar á luz otra de diferente jaez.

En la creación primera fueron echados los principios ó causas seminales de las cosas; esto significa san Agustín cuando dice que los seres orgánicos existieron potencial ó causalmente, en semilla ó en razones seminales, como en su lugar dejamos dicho: puesta la creación de las primeras causas, se siguió, según el Santo, la producción de cada organismo á su debido tiempo, nivelada con el beneplácito de Dios, y regulada con el metro de sus santísimas leyes; de modo que la creación fue momentánea, la formación sucesiva y á plazos, y por eso el desenvolvimiento de la creación es por espacios distintos de tiempo, en los cuales los seres, unos tras otros, salen al campo de la vida, según la regla de la divina voluntad y de las leyes impuestas. Esto enseña, esto inculca, esto encarece san Agustín. Pero, ¿dónde pensó que el nacer los seres *unos tras otros*, era nacer *unos de otros*? ¿Dónde que *sucederse* las especies era *transformarse*? ¿Que el multiplicarse pasarse en otras? ¿La propagación evolución? ¿En qué lugar

á san Agustín se le deslizó palabra que á semejantes deducciones, sonase? Preséntense en hora buena razones, amontónense hechos, muéstranse probanzas, discurra la anatomía, escudriñe la paleontología, desójese la biología, echen mano á todos los registros los evolucionistas para legalizar, si pueden, su sistema; pero no mezclen á los Santos Padres en esta contienda, ni hagan recurso á la autoridad de los Doctores eclesiásticos, como ejecutoria que decida su pleito, porque les saldrá contrario el designio, y se les tornará lanza la adarga.

No entraremos á discutir los textos de santo Tomás; harto prueban los arriba traídos cómo entendía á san Agustín, y con qué fidelidad hacia propias sus opiniones. Por lo que toca á Suárez, no en la disp. xv, citada por los adversarios, números 9, 13 y 19 *De Creatione*, que ni es obra suya, ni parece en todos sus volúmenes; pero ni en todo cuanto tenemos de su pluma hallase frase ninguna que remotamente sepa á evolucionismo, ó se componga con él. Los que á Cornelio Alávide, ó á otros teólogos y comentarores Escolásticos, que admitían la generación espontánea para ciertos animalillos, les acumulan la evolución ó les cargan adiciones á ella, hacen pública su propia ignorancia, y demuestran sin empacho que, ó nunca consultaron las fuentes, ó leyeron por pasatiempo obras dignas de tanta consideración.

Pues volviendo al Eximio Doctor Suárez, probado como cierto que Adán cuanto al cuerpo fué hecho del barro de la tierra⁴, resuelve contra algunos herejes antiguos que únicamente Dios formó sin medio alguno con sólo tierra el cuerpo de nuestro primer padre.⁵ «Este aserto es, dice, doctrina católica, enseñada por santo Tomás y

otros teólogos y Padres, en particular san Crisóstomo, Ambrosio, Basilio, Cirilo, Agustín.» Á fin de satisfacer enteramente la duda de si los ángeles ayudaron á la fábrica del cuerpo humano, ocurresele al Eximio proponer esta cuestión: «si el cuerpo de Adán fué formado en un instante, ó si tardó Dios espacio de tiempo en organizarle⁶; que, como luego declara, viene á reducirse á esta otra: «si las diferentes partes del organismo fueron hechas en un instante volviéndose de tierra en carne perfecta, ó si hemos de interponer alguna tardanza en la disposición y fábrica de cada miembro.» En esta disputa, así entablada por Suárez, conviene tener presente la opinión de los Escolásticos, que ponían la creación de los mamíferos y del hombre en el trecho de veinticuatro horas, en cuyo caso la controversia se resume en esta forma: «¿El supremo Artífice tardó algunas horas en modelar el cuerpo de Adán, ó le sacó del barro totalmente hecho en un brevísimo instante?» ¿Quién no ve ya cuán lejos anda Suárez de allanarse al intento de los evolucionistas? ¿Cuán impertinente fuera semejante propuesta en el caso de Mivart! Tanto más cuanto que esta proposición declara Suárez que santo Tomás no la tocó⁷, y con todo, Mivart es el primero que trata de sobresanar su hipótesis con el paliativo del Doctor Angélico.

Si no hace Suárez la causa de los evolucionistas en el proponer la cuestión, menos les favorece en el resolverla. Porque dos opiniones extremas se disputan aquí la victoria. San Gregorio Niseno⁸ y otros Padres y Doctores están por la formación instantánea; san Crisóstomo⁹, el Abulense¹⁰ y

¹ N. 7.

² N. 8.

³ *De off. hom.*, cap. xxviii.

⁴ *Hom. xii, xiii, in Genes.*

⁵ *In Genes.*, cap. ii.

¹ V. cap. xxxv.

² *De off. sex. dier.*, l. iii, cap. 1, n. 2.

³ *Ibid.*, n. 4.